

San Pedro de Alcántara: su obra y su tiempo

Las grandes épocas históricas, las «Edades de Oro» de la Humanidad, están siempre enraizadas en figuras señeras y emblemáticas, que por su voluntad o por su inteligencia acertaron a abrir sendas de acción y creación que posteriormente siguieron otros —quizá más brillantes— que las sembraron de obras, discursos o hazañas literarias tomadas de la misma savia y sustancia que la raíz les proporcionaba.

Cabalmente, san Pedro de Alcántara fue uno de esos sarmientos, ásperos en la cáscara y sublimes en la savia interior, que se engendraron en el extenso campo, abonado de ingenio y misticismo, donde floreció la pléyade singular y portentosa del «Siglo de Oro» español.

Pedro Garabito y Vilela de Sanabria, el hidalgo alcantarino nacido con la misma piel tosca y rugosa de su tierra extremeña, pero como ella capaz de producir copiosos frutos de suave y dulce sabor, fue ya en vida una figura irradiadora de firmes voluntades, de clara percepción humana y de profundo ascetismo. Un paradigma, en definitiva, que creó el modelo a repetir o a imitar por reyes, santos, pobres o burgueses, que reclamaron constantemente su contacto espiritual.

Al igual que la de san Francisco de Asís, la biografía de san Pedro de Alcántara es un continuo derramar el enorme caudal de vida y espiritualidad con el que le adornó la propia época que le tocó vivir. Como la de san Francisco —eterno ideal místico de santidad humanizada—, su vida fue una tensión perenne de perfección para sí y de amor para los demás; hasta la consecución de esa libertad plena, material y anímica, que se produce en la unión con lo eterno infinito.

Tierra y tiempo son, en la era alcantarina, dos factores que explican magistralmente el glorioso fenómeno de su existencia. Extremadura y el Renacimiento se conjugan así en la figura de san Pedro, y se proyectan hacia los grandes horizontes que España y sus gentes estaban abriendo precisamente en estos albores de la Modernidad.

Extremadura le dio frugalidad, ascetismo, visión limpia y luminosa sobre un paisaje humano abrupto y arriscado, lleno de penuria, de contrastes y de ambiciones caballerescas. Su tierra le otorgó lo que más deseaba: energía para proyectarse hacia grandes horizontes; y sin estos factores no podría comprenderse su recia personalidad.

El Renacimiento le dio universalismo, tensión espiritual, deseos de perfección sin límites en lo humano y en lo divino. Factores igualmente que le transformaron en guía de santidad para sus semejantes.

En este número de la Revista ALCÁNTARA, a través de unos sucintos estudios sobre su vida y su obra, y otras aportaciones literarias sobre su historia y su tierra, se ha pretendido rendir un austero homenaje a la figura de san Pedro de Alcántara en el quinto centenario de su nacimiento (1499-1999) para suscitar entre sus paisanos el deseo de reconocer y admirar el notable relieve de este notable extremeño y su influencia sobre una prolongada secuencia histórica que se miró en él como espejo y como ejemplo: Hasta el mismo emperador Carlos V y el rey de Portugal llamaron a su lado a san Pedro para confiarle la delicada salud espiritual de sus almas; al igual que obispos, nobles, religiosos o pueblo llano vieron en este magro frailecillo a un imponente «caballero andante», a un nuevo héroe moderno, que al «desfacer entuertos» y ganar batallas espirituales creaba un camino de perfección universalmente válido con una honda raíz en la mentalidad popular.

Su presencia no ha perdido actualidad en nuestra propia época: su gigantesca figura sigue siendo un bastión de fortaleza, de firmeza espiritual y de robustez intelectual donde amarrar los débiles y vacilantes destinos de un fin de siglo lleno de dudas, de desconfianzas, de relajamiento ético y de inseguridad, como el que ahora vivimos.

MARCELINO CARDALIAGUET
Director

ARTÍCULOS Y ESTUDIOS

